

# Acerca de una recuperación prospectiva de la interpretación en ciencias sociales

Silvia Diana Maeso

## 1- El simbolismo y el lenguaje en las disciplinas sociales

El objeto de estudio del investigador social difiere del objeto de la ciencia natural porque es «significativo», esto es, se constituye dentro de un marco de sentido que es el mismo desde el cual el científico piensa y produce su propia interpretación. Es decir que el conocimiento de las conductas humanas está necesariamente «situado», se da «desde» un orden de referencias significativas que forman parte de las mismas interacciones sociales que son su objeto de estudio.

Ya Max Weber reconoció el carácter cultural de la economía; por ello entendió por tal el conocimiento de los fenómenos de la vida según su significado y dentro de un horizonte de sentido. Es decir que esta ciencia se ocupa del estudio de una actividad humana esencialmente histórico-comunitaria que, como tal, sólo puede ser comprendida y explicada a partir del contexto en el que se desarrolla: *lo social*.

El hombre tiene el poder de dar significado al medio natural y convertirlo en una red de significaciones o, lo que es equivalente, en *cultura*. Precisamente esta capacidad simbólica se manifiesta en aquello que Weber considera específicamente económico de un fenómeno (en la medida en que es importante para la lucha material por la existencia): transformación de la naturaleza, trabajo, previsión planificada, socialización; aspectos que expresan la facultad de anticipación, inherente a la capacidad simbólica.

La actividad económica, indispensable para la supervivencia de las sociedades, se inscribe, entonces, en ese orden de significaciones. Cada fenómeno individual responde a innumerables factores entre los cuales el investigador elige algunos a los que confiere significado cultural en función de lo que Weber denomina «ideas de valor» (cf. 1971).

Precisamente, porque el economista no puede desprenderse de este bagaje de significaciones que constituyen su ser como hombre que pertenece a una tradición, la ciencia económica se desarrolló a partir de la inquietud teórica planteada por nuevas relaciones sociales de producción, distribución y consumo propias de la economía capitalista. Por ello también en la modernidad —por ejemplo— ha tenido lugar la transposición al orden social de la noción de «orden natural». Podría decirse que este concepto ha operado como «realidad ontológica», cuando es, en realidad, una categoría histórica. Hoy efectuamos esta afirmación como un modo de «re-conocer» los prejuicios que forman parte de la tradición a la que pertenecemos y de ver en ellos el suelo a partir del cual podemos encarar críticamente un problema.

La economía entendida según la famosa definición de Robbins, adoptada luego por

muchos otros —entre ellos Samuelson—, como «la ciencia que estudia el comportamiento humano en cuanto a la relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos», es también el resultado de una manera (histórica) de ver el mundo. En ella se hace referencia al comportamiento que se elige generalmente como expresión de *la* conducta *racional*. Desde un punto de vista exclusivamente formal, se estima que la racionalidad del comportamiento económico tiene relación con la posibilidad de cuantificar, tanto la finalidad como los medios de la acción: alcanzar el mayor rendimiento con el menor gasto posible. (Godelier, 1975).

Tal principio de racionalidad es presentado habitualmente como propio de la naturaleza humana y común a todos los tiempos. Sin embargo, en una economía no capitalista (tradicional), en la cual las relaciones productivas entre los hombres se entablan con la finalidad de proveerse de lo necesario para el consumo y no para la acumulación y el intercambio, no tiene ningún sentido —o lo que es lo mismo: no es *racional*— actuar de modo de conseguir el máximo beneficio con el menor costo posible. Esa última actitud comienza en Occidente cuando el despertar de la Modernidad trae consigo un verdadero cambio de perspectiva ante el mundo.

La referencia a la economía quiere ser aquí un modo de ejemplo para reflexionar sobre la situación que comparten todas las ciencias sociales a la vez que poner de manifiesto el punto que nos interesa destacar: los fenómenos que llamamos sociales no pueden ser encarados sobre la base de concebir el lenguaje según el modelo tradicional —que se remonta a Aristóteles— para el cual el problema de la verdad de las proposiciones se resuelve en la relación de la percepción y el entendimiento con las cosas y, consecuentemente el papel del discurso comunicativo sólo adquiere importancia para la trasmisión posterior de los conocimientos.

Esto significa atribuir la verdad de las proposiciones solamente a su dimensión representativa, dejando de lado la dimensión comunicativa, la cual se da en todos los casos en el plano de la intersubjetividad. Ya Aristóteles partió de diferenciar en el *logos* esta doble referencia: Por un lado, la enunciación se dirige a aquellos a quienes se les comunica algo y por otra parte, se relaciona con las cosas sobre las cuales el que habla trasmite una convicción. La primera relación tiene que ver con la poética y la retórica; la segunda tiene que ver con el filósofo, quien se ocupa de probar lo verdadero y refutar lo falso.

Esta tradición continuó a lo largo del pensamiento occidental, en la que se distinguió entre el problema de la verdad de las proposiciones y el de la fuerza de las expresiones en la situación de comunicación. Pero a partir de Austin (1982), quien ha mostrado la estructura performativo-proposicional de todas las oraciones, no podemos dejar de reconocer que tanto el aspecto ilocucionario como el significado proposicional forman parte —desde el punto de vista semántico— de esa doble estructura.

Esto significa valorar e incluir dentro del aspecto semántico aquello que desde Aristóteles había quedado en otro plano: la constitución *intersubjetiva* del sentido de los símbolos con los que se forman las proposiciones. Se trata aquí de un cambio en la

manera de entender el conocimiento y su relación con el lenguaje. No es posible conocer las cosas por parte de los sujetos individualmente y, luego, ponerse de acuerdo sobre los símbolos que representen los objetos. Al contrario, el conocimiento es posible a la luz de un sentido constituido intersubjetivamente en un lenguaje común dependiente de la tradición (Gadamer) o en un lenguaje científico propio de una teoría.

Sentido y validez, entonces, son intersubjetivos. Así puede entenderse también la afirmación de Apel (1994, 101):

...el significado lingüístico de las partes *performativas* de las oraciones, a diferencia del significado de las partes *proposicionales*, no puede ser explicitado en los conceptos de las *condiciones de verdad*, sino más bien por medio del concepto de *condiciones de validez* en cuanto *condiciones de aceptabilidad*.

## 2- La objetividad de lo social, el acceso a su conocimiento

*Mutatis mutandis*, von Wright, recurre a explicaciones *teleológicas* para explicar conductas intencionales. Ellas requieren adecuada información sobre los rasgos de carácter y temperamento del agente, pero, fundamentalmente, exigen una «comunidad cultural» entre el investigador y quien es investigado. Por eso afirma:

La conducta intencional se parece al uso del lenguaje. Es un gesto por el que doy a entender algo. De la misma manera que el uso y comprensión del lenguaje presupone una comunidad lingüística, la comprensión de la acción presupone una comunidad de instituciones, prácticas y aparato técnico, en la que uno llega a introducirse mediante aprendizaje y entrenamiento. Se lo podría llamar, seguramente, comunidad de vida. No podemos comprender o explicar teleológicamente una conducta que nos resulte absolutamente ajena (1979, 139).

Para W. Dilthey, quien hizo un importante aporte respecto de la comprensión como modo de acceso a los fenómenos sociales, la naturaleza es radicalmente *extraña* a los hombres, algo *externo* a ellos. Contrariamente, el mundo histórico-social es *nuestro mundo*, aquello que, como humanos, podemos comprender desde adentro. Sin embargo, esto significó el establecimiento de una tajante distinción entre dos ámbitos de investigación y, consecuentemente, entre dos modos totalmente diversos de acceder a ellos. Los investigadores en ciencias naturales *explican*, los que investigan en ciencias del espíritu, *comprenden*. La realidad espiritual es *histórica, viviente y activa* y como tal debe ser captada por una experiencia vivida o *vivencia (Erlebnis)*. Ésta es el órgano para la comprensión del hombre como tal, es el instrumento de la investigación histórica, campo que elige como paradigmático de este tipo de ciencias. Comprender es, para Dilthey, pasar de una exteriorización del espíritu a su vivencia originaria.

Paul Ricoeur no comparte esta tajante oposición entre el ámbito de las humanidades y de las ciencias de la naturaleza. *Comprender* —al igual que para Dilthey— tiene que ver con el hecho de reconocer lo que otros sujetos quieren significar a través de cualquiera de los signos en que se expresa la vida psíquica. En cambio, *interpretar* refiere a una sola

categoría de signos, aquellos que quedan fijados por la escritura o por algún medio semejante, como por ejemplo los monumentos y documentos en general.

Ricoeur sostiene que las conductas presentan características similares a las de un texto y, en consecuencia, pueden ser conocidas aplicando una metodología semejante a la de interpretación de textos. De ahí su afirmación que «las ciencias humanas son hermenéuticas».

Para probar esta hipótesis parte de la noción de *discurso* tal como la entienden los lingüistas. El discurso, en forma de *uso* lingüístico, se realiza siempre en el tiempo y se refiere a un mundo que describe, expresa o representa: es *acontecimiento*. El lenguaje, en cambio, es un sistema de signos que se actualiza en el discurso. Pero éste, además de referirse a un mundo, tiene siempre un interlocutor al cual va dirigido.

Cuando el discurso es escrito, la intención del autor y el significado del texto dejan de coincidir, este es el momento en que se hace necesaria la interpretación. Pues todo texto abre a quien lo interpreta una totalidad de referencias significativas que van más allá de las referencias situacionales de quienes las vivieron. (Ricoeur, 1988, 52).

Cabe entonces preguntarse de qué modo y hasta qué punto las categorías descriptas para el análisis de textos pueden servir para ser aplicadas a la interpretación de las conductas humanas, en tanto que éstas son entendidas en el sentido weberiano de «comportamiento orientado significativamente».

Ricoeur va a responder que las acciones pueden ser comprendidas mediante las mismas nociones que los textos. La acción tiene una estructura noemática que puede ser separada del proceso de interferencia subjetiva e interpretada recurriendo no sólo a su contenido proposicional, sino también a su fuerza ilocucionaria, pues ambos constituyen su *contenido de sentido*. Pero, ¿cómo fijarla?, ¿cuál es el equivalente a la escritura en el campo de la acción?. Su dimensión *social*.

En efecto, los hechos se desprenden de sus agentes y a partir de allí se desarrollan otras consecuencias. Las conductas se convierten en sociales no solamente porque no se puede diferenciar el papel de cada uno de los agentes que las produjeron, sino sobre todo, porque «se independizan» y provocan efectos no propuestos, lo que Ricoeur denomina *el curso de los acontecimientos*.

Al convertirse en acontecimientos, ciertas acciones influyen de tal modo en su época que llegan a identificarla. En efecto, los hechos humanos se vuelven instituciones, permanecen en el tiempo y su significación ya no coincide con las intenciones de los actores. En otros términos, se va produciendo una «sedimentación» a través del tiempo, la cual permite lo que Ricoeur llama «fijación social» del comportamiento significativo.

Así se constituye el tipo de *objetividad* propia de las ciencias sociales. Los comportamientos significativos se fijan en la medida en que son regidos por reglas. Pero éstas no son pautas externas a las conductas, al contrario, las reglas *son* la significación misma de las acciones.

### 3- La interpretación de los fenómenos sociales

He aquí planteada la problemática de la interpretación de los fenómenos sociales, de los acontecimientos históricos o de las conductas humanas a partir de la propia praxis actual, desde el horizonte cultural e histórico del intérprete (su contemporaneidad). Nos referimos a lo que la hermenéutica denomina *círculo hermenéutico*. Cuando el científico social interpreta los fenómenos propios de la sociedad, lo hace siempre «desde algún lugar», desde la tradición a la que pertenece. De este modo, el conocimiento social se constituye sobre la base de una circularidad entre el intérprete y su objeto, entonces, el significado de un acontecimiento estará dado por las interpretaciones, ya sea contemporáneas como posteriores, que de él se efectúen.

En efecto, la acción puede ser interpretada de diversas maneras porque su correcta comprensión no se resuelve en volver a la intención del agente. Lo dicho es directamente escrito y no pronunciado, «la escritura preserva el discurso y lo convierte en un archivo disponible tanto para la memoria individual como colectiva» (Ricoeur, 1998, 147). De este modo, la objetividad de lo social se configura en el plano de los signos y esto permite *explicar* los hechos de un modo totalmente diferente a como explican las ciencias naturales. En esa esfera simbólica se va a entablar la dialéctica entre *explicación* y *comprensión*. Así, el problema del «carácter científico» de las ciencias sociales va a resolverse en el mismo plano: el de los *signos*.

La comunidad produce una serie abierta de interpretaciones acerca de la semántica profunda develada por el análisis estructural. Estas interpretaciones se van incorporando en la dinámica del texto como parte de su significado, y se configura así una tradición conformada a partir de las primeras interpretaciones.

Este modelo estructural de explicación puede ser aplicado también a los fenómenos sociales, en la medida en que éstos puedan definirse por su carácter simbólico. Pues la función de representar las cosas por signos es el fundamento mismo de la vida social: «la realidad social es fundamentalmente simbólica» (*idem*).

De tal modo, se podrá generalizar la aplicación del modelo estructural al estudio de todos los fenómenos sociales en la medida en que se los enfoque en el marco de las relaciones entre código y mensaje, significante y significado, como mensajes sociales que se intercambian dentro de una estructura comunicacional.

Al recuperar el enfoque estructural para las ciencias sociales, Ricoeur está abriendo una nueva perspectiva epistemológica. Se está diferenciando del tradicional enfoque causal, que busca explicar los acontecimientos según relaciones de regularidad entre antecedentes y consecuentes sin vínculo lógico entre ellos (causalidad humeana; von Wright, 1979). Las relaciones en los sistemas estructurales son *correlativas* más que sucesivas. Por lo tanto, la tarea de la explicación dentro de los sistemas semiológicos va encaminada hacia la búsqueda de *correlaciones*, lo cual implica la necesidad de volver a formular *el problema de la motivación en los grupos sociales*.

La dialéctica entre comprender y explicar se resolverá, entonces, en la dialéctica

entre *conjeturar* y *validar* (Ricoeur, 1988). El acto de comprender es aquel por el cual se concibe una conjetura, la cual, a su vez, requerirá ser puesta a prueba por medio de la validación. Ahora bien, para conjeturar adecuadamente no hay reglas, pero sí las hay para validar lo conjeturado, de ahí que resulten valiosos los procedimientos lógicos de validación. Y, puesto que éstos se desarrollan en el plano de una lógica de la probabilidad, se tratará de mostrar cuál interpretación es más probable en función de lo que se conoce, no de demostrar la verdad de una conclusión. Con esto se alude a la cientificidad de las investigaciones sociales; en efecto, la validación lógica de una interpretación brinda carácter científico a ese conocimiento.

No obstante, tampoco podemos dejar de reconocer que la pluralidad y el conflicto entre las diversas interpretaciones no puede evitarse, pues se debe a las características inherentes al propio objeto de estudio. Las múltiples perspectivas que presentan las conductas humanas hacen posibles distintas visiones —igualmente válidas— de un mismo acontecimiento, de ahí el carácter polémico de los procedimientos de validación.

#### **4- A modo de conclusión**

La idea que ha alentado este trabajo se basa en la convicción de que se nos impone la necesidad de buscar una perspectiva más amplia para acceder al conocimiento de lo social. Ya no puede hablarse de «verdades objetivas», independientes y neutrales. Esto sería desconocer que la ciencia es un tipo de discurso y, como tal, acontece en el ámbito de la intersubjetividad. Sólo en y a partir de una pragmática del lenguaje podremos encontrar las respuestas que necesitamos. Pero no creemos en una pragmática que considere el uso del lenguaje como una instancia posterior a la asignación de significados. Al contrario, los significados se establecen en y a partir de los usos. Se trata de una totalidad integrada por dos dimensiones inescindibles, dos caras de una misma moneda que no pueden separarse y que suponen necesariamente un horizonte de sentido comunitario constituido históricamente.

Por esto es preciso valorar e integrar todos los aportes hechos a esta problemática desde distintas corrientes de pensamiento. En el camino hacia la verdad no existe una sola y única manera de llegar; al contrario, los distintos intentos efectuados en este sentido están integrados ya al bagaje conceptual con el cual nos disponemos a pensar los problemas que nos ocupan y, por ello resultan indispensables como el suelo a partir del cual descubrir nuevas respuestas.

## Bibliografía

- Apel, Karl, O. *Semiótica filosófica*. Buenos Aires: Almagesto, 1994.
- Austin, John. *Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires: Paidós, 1982.
- Godelier, Maurice. *Racionalidad e irracionalidad en economía*. México: Siglo XXI, 1975.
- Ricoeur, Paul. *Hermenéutica y acción*. Buenos Aires: Docencia, 1988.
- Ricoeur, Paul. *Hermeneutics and the Human Sciences*. Cambridge (UK): Cambridge University Press, 1998.
- Sayek, Derek. *Capitalismo y Modernidad*. Buenos Aires: Losada, 1994.
- von Wright, G. H. *Explicación y comprensión*, Madrid: Alianza, 1979.
- Weber, Max. *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Barcelona. Península, 1971.